

UNA JORNADA CRUCIAL

Resulta obligado acudir a votar con realismo, lo que implica aceptar que los mensajes de que esta crisis se superará sin sacrificios son radicalmente falsos

LAS razones para ir a votar hoy masivamente se han acumulado en los últimos días de manera constante e incluso dramática. La verdadera campaña no ha sido la del PP, ni la del PSOE, sino la de la crisis, el desplome de la confianza en la deuda española, la confirmación del frenazo en seco de la economía y el descontrol absoluto del desempleo. Ante la magnitud de esta crisis estructural, lo que se ha puesto en duda es la capacidad de los sistemas democráticos y de las clases políticas para enderezar el rumbo de las economías. Las renuncias de Papandreu y Berlusconi, aunque sobran motivos para jaleárselas, son síntomas de un riesgo peligroso, que es el de deslegitimar el ejercicio de las políticas nacionales para sustituirlo por el control remoto a cargo de instituciones que no se someten directamente a la fiscalización democrática de los ciudadanos. No debe ser la tecnocracia, sino la democracia, la opción para reforzar los gobiernos de los países en estado crítico, complementada por la elección de los más capacitados para combinar la orientación de la actividad política con la idoneidad técnica de sus decisiones. Por eso, cuando desde Bruselas se dice que «España debe ayudarse a sí misma» es una verdad obvia, pero necesaria, aunque pudiera haber sido dicha con otras intenciones, para que los votantes sean conscientes de que nuestro país vive en una encrucijada de la que resultará un futuro u otro.

Mariano Rajoy y Alfredo Pérez Rubalcaba han expresado en varias ocasiones que ninguno es como el otro. Es cierto. Hay que recapitular lo que cada cual ha dicho y hecho en los momentos en los que el Gobierno negaba la crisis, acusaba al PP de alegrarse por el paro y difamaba como antipatriotas a los que veían la realidad tal y como era. No hay margen para confundirse entre Rajoy y Rubalcaba, porque la situación de España es inequívoca y en esto consistirá «ayudarse a sí misma», en que los votantes sean conscientes de que la alternativa a la interven-

ción económica y política indisimulada desde Bruselas es la generación, hoy, al cierre de las urnas, de un nuevo Gobierno con una amplia y sólida mayoría absoluta, una mayoría que dé al Ejecutivo, simultáneamente y a partes iguales, tanto margen de manobra para decidir como responsabilidad plena por las decisiones que tome. Después de cuatro años de un Gobierno socialista escondido en los burladeros de las culpas ajenas, es hora de tener un Gobierno distinto, fuerte y sin condicionamientos.

Es día también para votar con realismo, lo que implica aceptar que los mensajes de que esta crisis se supera sin sacrificios son radicalmente falsos. Son mensajes que actúan como estertores del buenismo zapaterista, que prometió a los españoles que todos sus problemas se resolverían por la fuerza seductora de una izquierda virtuosa, frente a una derecha marginal, crispadora y, por supuesto, tan ilegítima como la Transición y el pacto constituyente de 1978 que quiso derogar la izquierda. Las tensiones nacionalistas, el acoso terrorista y la crisis económica se resolverían, en el imaginario del PSOE, sin esfuerzos ni privaciones. Y nada de esto ha sucedido. Los nacionalismos están exasperados; ETA anuncia el fin de la violencia porque España aceptó los sacrificios que exigía derrotarla; y la crisis está dejando una estela de desolación. El problema del PSOE es su propia historia reciente, que los españoles no olvidan. Por ejemplo, cuando acusa al PP de ser el partido que recorta derechos sociales, realmente se está retratando a sí mismo. Rubalcaba siempre lo supo y decidió huir de su biografía reciente renegando de Zapatero, de sí mismo y de sus decisiones personales, como votar la congelación de pensiones, el recorte de salarios públicos o la derogación de ayudas a las madres. Esta gran estafa política del buenismo zapaterista y de la soberbia ideológica del PSOE también pasa revista en las elecciones.

La responsabilidad política llega hoy al ciudadano español, a cada votante. La moda de denigrar el sistema parlamentario, de negar legitimidad a la clase política o de apelar a procedimientos de representación asamblearia conduce a un callejón sin salida para la representación de los intereses nacionales y la formación de la voluntad política de las naciones. El hastío posmoderno con el que se revisten las protestas de los «indignados» es, en realidad, una regresión a estadios predemocráticos, incompatibles

con un concepto moderno y político de sociedad. El voto es la responsabilidad del ciudadano consigo mismo y con su país, antes incluso que con su ideología. Más aún si cualquier rasgo de debilidad en la mayoría que obtenga el nuevo Gobierno se interpreta como una ocasión perdida para que, en efecto, España decida con autonomía cuál es su futuro.

El voto es la responsabilidad del ciudadano consigo mismo y con su país, antes incluso que con su ideología